

La fiesta

Manuel Rodríguez i Macià

*Del Parlamento Valenciano.
Ex-Alcalde de Elche.*

La fiesta es un momento de ruptura, un tiempo en el que abandonamos el trabajo productivo y creamos un tiempo diferente. Alrededor de esos días «improductivos», marcados de rojo, el calendario adquiere un sentido. Difícilmente podemos encerrar el sentido de la fiesta en una sola definición. Sus manifestaciones son enormemente variadas y se hallan presentes en todas las culturas. Para R. Callois la fiesta se caracteriza fundamentalmente por un rebrote de los excesos y del caos; para Piers festejar es una afirmación del mundo como un todo. Son muchos los autores que insisten en las fuentes religiosas de las fiestas así como otros los que las consideran como una parte de la actividad lúdica del hombre; sin duda todas estas definiciones son componentes de la dimensión festiva (H. Cox: *Las fiestas de locos*. Taurus, 1983, p. 38). Pero la fiesta no es puramente la negación del trabajo. El descanso de la fiesta es un ocio creador. La actividad suele ser desbordante en los días de fiesta. Un elemento esencial a la misma es su dimensión comunitaria, pues la participación es un factor de cohesión entre los miembros de una comunidad, que ayuda a los advenedizos a integrarse en ella. Al renovar la tradición y los valores de un pueblo ayuda a mantener su identidad al tiempo que lo

estimula a la creación. Otro de los elementos propios de la fiesta es su brevedad temporal. Por mucho que se prolongue el tiempo festivo siempre es un espacio breve abierto en la vida cotidiana. U. Schultz la define como «una intensificación de la vida en un espacio corto de tiempo» (*La fiesta*. Alianza, 1983, p. 14).

Una mirada por el amplio espectro del universo da idea de la universalidad de la fiesta desde las culturas primitivas (Cfr. L. Robert: *Religiones primitivas*. Madrid, 1983).

En todas existe un marcado carácter estacional, una presencia de los elementos cíclicos relacionados con la naturaleza, la siembra, la recolección o los acontecimientos de la vida humana tales como el inicio en la vida adulta, el matrimonio, la muerte, etc. Debido a la influencia que ejercen sobre nuestro contexto cultural, merecen una atención especial las fiestas del mundo mediterráneo. Su importancia ha sido tal, que podemos hablar del sentido festivo de los pueblos mediterráneos como una de las dimensiones más características de sí mismos, ya desde el antiguo Egipto. Son también muchas las referencias que cabría hacer en el antiguo mundo griego. Las fiestas celebradas en honor de Ceres y de Minerva tenían una solemnidad especial. Las bacana-

les, fiestas de auténtico regocijo, solían celebrarse varias veces al año aunque las del otoño fueran las más célebres. Pero, sin duda, fueron los Juegos Olímpicos la fiesta de mayor importancia para el mundo griego; auténtica manifestación de la ecumene griega, esencial para la pervivencia de un pueblo consciente de los lazos que les unía, pero que, al tiempo, vivía disperso. En Roma, como ocurre en los pueblos de la antigüedad, no existía separación entre las fiestas religiosas y las profanas. Los actos se realizaban en nombre de la comunidad política que era, a la vez, la comunidad cultural. Como ejemplo de ello, en la celebración del triunfo, la entrada victoriosa del general y del ejército en la ciudad se convertía en un rito religioso. El calendario romano es rico en acontecimientos festivos. Algunas fiestas, como las de Baco, que se celebraban en Grecia, se conmemoraban también en Roma. Las dedicadas a Juno eran importantes así como las fiestas funerarias dedicadas a los muertos. Pero quizá las que nos llaman especialmente la atención son las saturnales cuyo día principal era el 17 de diciembre aunque se prolongaban hasta el día 23. En su origen evocaban la finalización del trabajo en el campo en la temporada de invierno, pero lo que las caracterizó fué significar una vi-

DÍA A DÍA

sión del mundo al revés: lo que de ordinario estaba prohibido se autorizaba en aquellos días de auténtica locura. Se cometían excesos con la comida y la bebida, se eliminaban las barreras entre el esclavo y el hombre libre, el título de «rey» de las saturnales, el que presidía aquellas fiestas, se echaba a suertes y se representaba el ejercicio del gobierno de una manera burlesca. Nadie estaba a salvo de que le gastasen alguna broma. Junto a ello era el momento en que se hacían regalos, quizá fuera la representación de la utopía social de la edad de oro. A pesar de lo mucho que la iglesia combatió aquella fiesta se nos prolonga en el tiempo, muy especialmente en la época medieval, en las llamadas fiestas de locos.

El calendario judío tiene muchas fiestas a lo largo del año pero la de mayor significación para el pueblo israelita y la que ha tenido una mayor trascendencia histórica es la Pascua. La conmemoración del éxodo de Egipto, camino de la tierra prometida. El ritual de la fiesta de Pascua se sigue cumpliendo, básicamente, según la tradición. La familia se reúne alrededor de la mesa. El mayor de la familia lleva a cabo la narración del significado de la fiesta: el cordero y el pan ácimo. Sabido es cómo el ritmo de las fiestas giraba en Israel en torno del período cíclico de la siembra y de la cosecha. En el ritual de la fiesta de Pascua se superponen diversas tradiciones de los pueblos vecinos de Israel. Pero lo trascendental de esta fiesta es que el pueblo de Israel empezó por dar contenido de mensaje histórico a aquellas celebraciones que tenían como base la presencia de los ciclos naturales: «Guardarás la fiesta de los ázimos. Durante siete días comerás panes ázimos, como te he mandado, en

el tiempo señalado, en el mes de Abib, pues en él saliste de Egipto». Que Israel no se sintiera conducido por acontecimientos de la naturaleza, sino por sucesos históricos, significa un paso trascendental. A lo largo de la peregrinación por el desierto se forjó la imagen de la tierra prometida, y la historia del pueblo judío ha sido la de la permanente esperanza por poseer esa tierra. Los profetas ayudarán a espiritualizar, a interiorizar, la imagen de la tierra prometida. El ideal no estaba en el pasado, la conmemoración tenía el sentido de seguir en el presente, en aquel peregrinaje (cfr. André Neher: *La esencia del profetismo*. Ed. Sígueme, 1995). La utopía no es la del tiempo pasado sino los tiempos nuevos del futuro. Esta celebración religiosa de la fiesta nacional es un ejemplo de cómo para los judíos existía una identificación entre el tiempo salvífico y el tiempo presente. La influencia de la fiesta de Pascua es universal. En este sentido podemos afirmar aquello de Mounier: «Judea se ha extendido a la superficie de la tierra» (*Revolución Personalista y Comunitaria*).

La Iglesia, adaptándola al rito cristiano, universalizó la fiesta de Pascua al igual que otras fiestas del calendario judío. Asimismo por inculturación fueron cristianizadas muchas de las antiguas fiestas paganas. Para el hombre medieval las fiestas tenían, sin duda, un sentido mucho más profundo y pleno que para el hombre moderno: un hecho de capital importancia para occidente como la coronación como emperador de Carlomagno se manifestó por medio de un ritual festivo; la novela *Tirant lo Blanch* narra cómo se celebraron las bodas del rey de Inglaterra. En aquella época florecieron en toda Euro-

pa las llamadas «fiestas de locos», que tal vez tuviesen su precedente en las saturnales. Era una ruptura de los modos de cada día: al monaguillo lo convertían en obispo y al tonto del pueblo en rey. Era la expresión de la subversión de los valores, la pervivencia de un mito en un mundo totalmente diferente que se podía convertir en realidad, al menos, una vez al año. Nunca tales fiestas fueron del agrado de aquellos quienes detentaban el poder. No obstante estuvieron presentes hasta la época de la Reforma en la que el hombre tomó como valor fundamental, en el universo de su vida, el sentido de lo útil del trabajo. Acaso las fiestas de Carnaval sean la prolongación más parecidas de aquellas fiestas. Ciertamente en nuestra sociedad existen manifestaciones festivas en que el carácter de cambio, de renovación, de subversión de valores están presentes, en los carnavales, como antes indicábamos, o en las fiestas de fin de año; aunque hoy ahogadas en el consumismo son un pálido reflejo de todo aquello. No obstante se vislumbra en nuestro tiempo un renacimiento del tiempo festivo, expresión de una búsqueda de nuevos valores en el hombre. Una mención especial merece el caso de España donde, en los últimos años, se ha producido un auténtico renacimiento de las tradiciones festivas. De la fiesta se puede decir que su razón de ser se justifica por sí misma. Estamos tan acostumbrados, en una sociedad como la nuestra, a concebir al hombre solo en función de su trabajo y un trabajo tan programado y reglamentado, que nos parece extraño pensar que el hombre es también un ser fantasioso y que la fantasía es asimismo un elemento esencial en el mundo de la fiesta, por eso Harvey Cox escribe: «La acti-

tud festiva, como el juego y la contemplación o hacer el amor, es un fin en sí mismo» (p. 27). El hecho de que la fantasía sea un componente esencial de la fiesta significa la posibilidad, cada vez que festejamos algo, de crear e imaginar realidades sociales nuevas. La fiesta es realizar, aunque sea por una sola vez en el año, la utopía de un mundo diferente al que vivimos, lo cual implica un cierto carácter subversivo. La fiesta siempre ha llevado implícito un sesgo alternativo al mundo que se vive todos los días. De ahí que el poder nunca fuese amigo de las fiestas. Recordemos las prohibiciones de las fiestas de carnaval en España por parte de los gobiernos autoritarios del siglo XIX y durante la última dictadura. Es significativo de este sentido subversivo de la fiesta aquel texto del poeta Miguel Hernández cuando en su obra *El labrador de más aire* pone en boca de D. Augusto, el cacique del lugar que tiene oprimido a su pueblo, aquellas palabras: «¿Cómo hay fiesta sin mi permiso?».

La actitud festiva de aquellos campesinos es el inicio del levantamiento, de la subversión de aquel pueblo. En breves frases, el texto de Miguel Hernández nos pone de manifiesto la relación entre las revoluciones populares y la fiesta. Todo acto revolucionario es una liberación, un triunfo de la fantasía frente a la razón de lo establecido. Son muchos los ejemplos que podríamos poner en todas las épocas de la relación entre la revolución y la fiesta. Los acontecimientos festivos de la revolución francesa, la fiesta del pueblo de Dolores como inicio de la independencia mexicana, la revolución de los claveles en Portugal; por no hablar del mayo francés de 1968 donde el cambio

sustancial de la sociedad, la imagen de la nueva sociedad que se quería construir era el de una fiesta. Y es que en las fiestas populares subsiste aquella vieja utopía de un mundo que, frente a la división imperante en el nuestro, frente a la consagración de los privilegios de poder, imagina el anverso de éste, un mundo que se refleja en el mito de la edad dorada o en la bienaventuranza evangélicas en aquello de que «los últimos serán los primeros».

La fiesta, por medio de la fantasía, nos une el presente con el pasado, lo que lleva consigo que el hombre amplíe las fronteras de su tiempo, que la experiencia humana sea más rica y que no se circunscriba solo al presente inmediato. Esto no significa vivir atado al pasado, sino enriquecer, desde el pasado, el presente, aumentar sus posibilidades. El hombre, ser histórico, no se puede ver solo desde la acumulación de conocimientos intelectuales, sino también en todo aquello que significa el mundo del sentir, en la capacidad de poder revivir los acontecimientos y el tiempo pasado; sin la dimensión histórica del hombre no podemos enfrentarnos tampoco con el futuro. Un pueblo que olvida su tradición, su historia, se encontrará desarmado para afrontar el reto del futuro. Entonces todo se reduce a vivir, o mejor a «pasar el momento presente», y cuando esto ocurre ese pueblo pierde su propia fuerza vital.

La fiesta, al tiempo que recuerda el pasado, hace presente el futuro, todo ello por medio del rito. El tiempo de la fiesta no es como otro cualquiera (Del Amo *et alii: España, fiesta y rito*. Madrid, 1994). Solemos hacer lo extraordinario, lo que no es habitual; es un tiempo que se convierte en di-

ferente por medio de los actos ritualizados. El rito es necesario en toda sociedad. Por medio del rito pervive la tradición, lo cual lleva consigo la identidad y permanencia de la comunidad. La fiesta pone de manifiesto aquello que un pueblo tiene de permanente, ante sí mismo, por medio de los ritos festivos el pueblo suele renovar su ser mismo. El mismo pueblo se siente renovado, mejor afianzado. También la fiesta es señal de identidad respecto a los de fuera. La fiesta es siempre un espacio abierto a la convivencia. Entre los miembros de la propia comunidad y de relación con los de fuera. En la antigua Grecia era consustancial la *ecumene* a los juegos olímpicos y la actitud de la comunidad hacia quienes venían de fuera era de hospitalidad.

El sentido cambiante de la fiesta nos puede ayudar en una sociedad como la nuestra, en el reciclaje necesario, en un vivir sin clichés fijos. Al estimular la imaginación como capaces de imaginar y crear mundos nuevos. La posibilidad de soñar despiertos. El sentido festivo, con lo que implica de capacidad de mutación, de cambios de papeles, nos hace pensar hasta que punto, con independencia del papel que cada uno asuma en la vida, detrás de cada personaje existe la persona. Tal vez un mensaje hoy más necesario que nunca en unos momentos en los que se vuelve a valorar las personas por el color de la piel, por la religión, por el lugar en el que se vive. El recuperar el sentido festivo amplía entre nosotros el círculo de relación con el sentimiento de los hombres de otros pueblos que como los de América Latina o de África tienen otro sentido de la vida que no el exclusivo de nuestro mundo industrializado. **A**